

ARTE DE BARBARIE

LA RAZÓN. LUNES 13 DE ENERO DE 2003

ANTONIO GARCÍA TREVIJANO

Todas las obras de arte son simbólicas por partida doble. Simbolizan lo que representan y algo distinto de lo representado. Pues no impiden que el espectador asocie la imagen que le fascina a emociones o ideas tenidas en otras experiencias de su vida. Pero sólo se llama simbolismo al tipo de arte, figurativo o abstracto, que tiende a despertar sentimientos, ideas o conceptos universales, a partir de formas particulares que, por sí mismas, no los definen.

El simbolismo pasó de la poesía de Poe, Baudelaire, Mallarmé, Rimbaud y Stefan George a la pintura de la última década del XIX, con los «iluminados nabis» (Séusier, Maurice Denis, Vallotton, Vuillard) y la mirada a lo eterno del suizo Hodler. La regla de oro del simbolismo artístico consiste en que lo simbolizado, ausente de la representación iconográfica, tenga relación directa o interna con ésta, como sucede en el simbolismo religioso. La arbitrariedad en esa relación o la simbolización de otro símbolo dieron lugar al surrealismo.

El problema surgió, con la pintura abstracta, cuando artistas como Ciurlionis, Delaunay, Vilon, Kupka, Kandinsky, Malevich, Mondrian, Klee, Arp, Miró, Borduas, Wolf, Pollock y Ropko, miraron su caballete con libros de música, física o metafísica bajo el brazo. A su talento de pintores quisieron agregarle el de filósofos de la naturaleza, la materia, el espacio, el tiempo, la mística, la sociedad sin clases o el de conocedores de las esencias. Pero entre el símbolo y lo simbolizado, la abstracción pone una distancia insalvable si no media una explicación de la leyenda que titula la obra. Las composiciones abstractas sin título no evocan. Tanta pretensión profesoral ha reducido medio millón de abstracciones a varias docenas de genialidades. Y todas ellas, abstracciones simbólicas.

Así como la pintura y la escultura figurativas permiten clasificar sus producciones en una escala de calidades estéticas, desde la obra genial a la tolerable, la abstracción no simbólica, sin punto de referencia a un objeto de la naturaleza o la sociedad, no admite más que dos categorías dentro de la esfera del arte, la genial y la intolerable. Esto no quiere decir que todas las que no son obras geniales carezcan de valor estético. Pueden incluso ser admirables como propuestas de virtuosismo artesanal, decoración de espacios interiores o exteriores, experimentación de materiales, ilustración de libros, diseño industrial, espectáculo visual o juego entretenido. Pero no son objeto del arte. Todo lo más que pueden llegar a ser es arte de objeto, aun cuando éste sea de dos dimensiones como la pintura.

Al mismo tiempo que comenzaron las expresiones de arte abstracto, nació la moderna reflexión filosófica sobre la función del simbolismo y la abstracción artística. Para Klages el mundo de los mitos y las imágenes de la intuición queda destruido por el concepto racional. No hay pues asesinato, sino suicidio del arte, en la pintura abstracta conceptual. Y lo único que puede expresar la pintura gestual, en tanto que grafología del temperamento del pintor, es indiferente para el arte. La vivencia del artista es incomunicable a la del espectador porque entre ellas se interpone el proceso de abstracción.

El «homo symbolicus» de Cassirer constituye toda la cultura (ciencia, arte, religión, política, instituciones) con una trama de simbolizaciones. El arte tiene la función de expresar los símbolos. El lenguaje común, las intuiciones. La ciencia, las significaciones. Donde no hay función simbólica, como en la «action painting» o en la acción directa, donde el símbolo se reduce a mero signo, no puede haber cultura, sino barbarie o terror. Adorno denunció la condición inauténtica de la abstracción mecánica del arte progresista, la que ha creado una nueva fuente de alineación cultural, la que justifica el dominio del hombre por el arte abstracto.